



EL LEGADO DEL ALARIFE

Ana Sanchidrián

EL LEGADO DEL ALARIFE



Primera edición: julio de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana Sanchidrián

ISBN: 979-13-88411-10-6

ISBN digital: 979-13-88411-11-3

Depósito legal: M-18059-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Rocío y a mi pequeña Emma, los grandes amores de mi vida.

*A mi amiga Esperanza y a la memoria de Luis.
¡Qué suerte haberos conocido!*

*A Pepe, Felipe y Pedro.
Gracias por vuestras opiniones que tanto me han ayudado.*

ÍNDICE

1 EN LA PLAYA DE ADRA.....	13
2 FUEGO Y PELIGRO	19
3 LA HUIDA.....	27
4 CAMINO DE GRANADA	33
5 EL CADÍ, JAFAR BEN RAFIK	39
6 EL ALARIFE MAYOR.....	45
7 CAMBIO DE DOMICILIO.....	51
8 LOS COMPAÑEROS	55
9 INTIMANDO CON ALÍ.....	59
10 LA TRAVESÍA	65
11 PARADA EN TETUÁN	69
12 TRAYECTO HACIA FEZ	75
13 RECORDANDO EL PASADO	79
14 ASCENSO DE CATEGORÍA	83
15 LA NUEVA VIDA DE ALÍ	87
16 ACLIMATÁNDOSE A LA NUEVA CIUDAD	91
17 EL ALMACÉN DE PIETRO EL GENOVÉS.....	99
18 EL PROYECTO Y EL ATENTADO	103
19 LA LLEGADA DEL MÉDICO	109
20 UN HOMBRE SORPRENDENTE.....	113
21 LA JUDERÍA	119
22 ISAAC BEN TATA	125
23 LOS AÑOS APACIBLES.....	131
24 EL NACIMIENTO DE KARIM	137
25 LOS ÁRABES DE FEZ	143

26 LA ROMÍA	149
27 DON GINÉS DE MALPICA	155
28 EL PROSTÍBULO DE THAIS LA GRIEGA	159
29 LA CONSPIRACIÓN DE AIXA	163
30 LA ESPERA	169
31 CALLEJÓN SIN SALIDA	175
32 CONFIRMANDO LA SOSPECHA	183
33 CAMBIOS EN LA DINASTÍA NAZARÍ	189
34 EL BANQUETE	195
35 LA GUERRA FRATRICIDA	201
36 INSPECCIONANDO LA CASA DE LA SEÑORA	207
37 UN TROPIEZO EN LA NOCHE	211
38 LAS REVELACIONES DE IBN COMIXA	217
39 DESPUÉS DE LA TOMA DE LOJA	223
40 SOLDADOS CASTELLANOS EN EL ALBAYZÍN	229
41 LA DESPEDIDA	237
42 POR TIERRAS CRISTIANAS	241
43 COBARDÍA	247
44 LA MUERTE DE DON GINÉS	253
45 EL HERIDO	259
46 ESTANCIA EN ARCHIDONA	265
47 DE VUELTA AL REINO DE GRANADA	269
48 FÁTIMA	277
49 HACIA EL ORIENTE DEL REINO	285
50 CONSEJOS PARA SU HIJO	291
51 UN AÑO EN LA VIEJA ALQUERÍA	295
52 EL WALI, SIDI YAHYA ALNAYAR	303
53 EL HIJO DEL WALI	313
54 LA DEFENSA DE BAZA	319
55 LA RENDICIÓN	323
56 EL FINAL DE LA GUERRA	327
57 REENCUENTRO CON ALÍ	331
58 EL TESTAMENTO	339
59 ANTES DE LA ENTREGA DE GRANADA	347

60 MALAS NOTICIAS.....	355
61 APURANDO EL TIEMPO EN FAMILIA.....	359
62 LA RESPUESTA DEL RABINO.....	363
63 ACUERDO CERRADO	367
64 LA REUNIÓN DECISIVA	373
65 DOS DÍAS DE Tensión	381
66 LAS VÍSPERAS	389
67 LA NOCHE DE LA REBELIÓN	395
68 LA ESPERANZA.....	403
69 LA VOLUNTAD DE ALLAH	411
70 EL CAIRO	417
71 EL SINO DE UNA ESTIRPE.....	421
GLOSARIO DE LOS PERSONAJES PRINCIPALES	427
ACLARACIONES DE LA AUTORA	433

EN LA PLAYA DE ADRA

El Profeta Muhammad, que la paz y la misericordia de Allah sean con él, dijo: esfuérzate en aquello que te beneficie, busca la ayuda de Allah y no desesperes. Si te aflige una desdicha o una desgracia, no digas, si solamente hubiera hecho algo diferente, sino di, eso es lo que decretó Allah. Él hace lo que quiere...

Cerró el libro y lo guardó en sus alforjas. El imán Bujari siempre fue su inspiración, y se quedó pensando en la transcendencia de aquellas palabras. Ahora que conocía la voluntad de Allah, ¿qué sentido tendría ignorarla?, sin duda sería un grave pecado. Suspiró y ante la inmediatez de la marcha, notó que la nostalgia le invadía, así que se concentró en identificar sus emociones para que esos recuerdos le ayudaran a no olvidar lo importante.

Entrecerró los ojos, y paseó la mirada por la playa de Adra para acabar centrado en el trajín de los cargadores: el embarque iba lento, todavía quedaban muchos bultos en la arena y nadie parecía tener prisa. Miró el cielo, estaba tranquilo y blancuzco por la calima: «calma y calor», pensó al observar el suave vaivén del mar

que parecía lamer la orilla. Inspiró con ansia el aire reseco, y se concentró en el olor de las algas, el relieve de la costa, los graznidos de las gaviotas... Uno tras otro fue captando sonidos, imágenes y sensaciones, hasta que un repentino guirigay le sacó de su ensimismamiento, y miró al lugar del que procedía. Los estibadores discutían en torno a un gran arcón y ninguno escuchaba al resto, con semejante griterío no se iban a entender y si no llegaban a un acuerdo, no conseguirían subirlo a la barcaza.

Pensó en su futuro y en los riesgos que iba a correr, tendría que controlar cada detalle para alcanzar el triunfo y, mientras daba vueltas a las medidas que tendría adoptar, tomó una decisión: por lo que pudiera ocurrir, lo mejor sería escribir la profecía para que cualquiera que fuera el desenlace de la lucha, su heredero conociera la verdad por su mano.

Y no era fácil que lo entendiera porque habían sido muchos los acontecimientos: unos dolorosos, otros extraños y complejos, pero de todo lo vivido, lo realmente difícil de explicar sería la forma en que llegó a conocer la verdad. Tendría que ser muy claro, porque de sus palabras dependía que su hijo asumiera que ese era su destino, y que se debía a él porque así lo había querido Allah.

Se volvió hacia su esposa y allí estaba, a su lado de manera incondicional y sin quejas, a pesar de lo molesta que debía estar con el embarazo. Se recreó en contemplarla. Tan suave de movimientos y tan serena que a pesar del tiempo que llevaban juntos, seguía inspirándole la misma pasión que cuando la vio por primera vez. Sonrió y le dijo con cariño:

—Fátima, vigila nuestras cosas porque voy a estar ocupado. He decidido escribir mi legado porque si la muerte me sorprende, quiero que nuestro hijo conozca la verdad de mis propias palabras, como si en ese momento estuviera a su lado; pero antes tengo que poner orden en mis recuerdos, no sea que, por no saber expresarme con la suficiente claridad, él no entienda la importancia de nuestro destino. Y debo hacerlo antes de que las circunstancias me lo impidan, o que pasado el tiempo la memoria me falle.

—Todavía eres joven y Allah nos protege. Pero si lo consideras conveniente, despreocúpate porque no las perderé de vista.

Al oírla, Kamal se acordó de su madre y del desgraciado momento en que su vida cambió. La tristeza nubló su expresión y mientras miraba el fardo que contenía su escribanía, sus recuerdos volaron al tiempo en que aún vivía en su alquería.

Hasta entonces ellos habían disfrutado de una existencia feliz. Su madre, cariñosa y atenta, siempre estuvo pendiente de todo con la habilidad de quien sabe crear hogar: la comida en su punto, la sonrisa en los labios, los buenos consejos, el fuego crepitando en la chimenea mientras tejía... ¡Cómo echó de menos todo aquello en cuanto le faltó!

¡Y qué le diría del hombre que le hizo de padre! Cómo explicarle a su hijo que jamás olvidaría al orgulloso descendiente de Zayd ibn Thabit, el leal discípulo del Profeta que desde el mismo instante en que su madre se lo entregó, le hizo pasar por su hijo y le dedicó su vida entera. Sí, Fadil había sido su padre y su maestro, y fueron sus enseñanzas las transformaron al niño inquieto al que tanto le gustaba correr y trepar, en el hombre sensato, analítico y curioso que ahora era.

Sabía, porque jamás se lo habían ocultado, que él no era sangre de su sangre; pero el inmenso cariño con el que siempre le habían tratado, impidió que alguna vez se sintiera un extraño en la familia. Le habían contado que sus verdaderos padres habían muerto, y que ellos lo recogieron de los brazos de su madre en cuanto ella expiró, porque esa fue su voluntad. Desde entonces le habían dado todo el amor que se le puede dar a un hijo, y le habían cuidado sin escatimar esfuerzos.

Sumido en aquellos dulces recuerdos, giró la cabeza para tratar de adivinar dónde quedaba su querida alquería. Cerró los ojos, y trajo a su memoria retazos de los momentos que su padre pasó instruyéndole. Las tardes que había dedicado a que aprendiera el Corán y la Sharía, y no solo los grandes libros, también las ciencias anteriores al Profeta como agronomía, aritmética, geometría,

astronomía, astrología... Incluso le enseñó otras lenguas y poesía, pero de todos los conocimientos que le transmitió, recordaba con especial cariño lo mucho que disfrutaba hablándole de su gran pasión: las técnicas de construcción.

Muy de mañana, solían ir juntos a regar los bancales o hacían pequeñas reparaciones domésticas. Incluso encontraba tiempo para adiestrarle en habilidades tan variadas como el uso del alfanje, la ballesta cervera, y otras cosas importantes como ponerse el turbante, el cuidado de la higiene corporal, distinguir los vientos, orientarse en los campos, adivinar el peligro por los olores o los ruidos...

Le recordaba diciendo que la vida está plagada de dificultades, pero al estar todo relacionado, cuanto más aprendiera, más preparado estaría para afrontarlas. Y de lo que no supiera, que no se preocupara en exceso porque la solución la hallaría en los libros, aunque de nada le servirían si no aprendía a pensar rectamente.

Realmente era un sabio a pesar de que, por aquel entonces, él no alcanzara entender por qué decidió abandonar Granada. Allí podía haber hecho fortuna, y sin embargo se fue en cuanto lo tuvo consigo y jamás quiso regresar.

De hecho, llevaban viviendo en aquella pequeña alquería desde que tenía memoria, a pesar de que ellos no tenían vínculos con el lugar ni habían nacido allí. Ni siquiera eran bereberes, pero habían fijado su residencia entre ellos porque como decía su padre, la prioridad de sus vidas era velar por su seguridad. No se cansaba de repetir que para ellos no existía un regalo mejor que el que les hizo su verdadera madre al entregárselo en Jubiles, y que tenían que cumplir la promesa que le hicieron de educarle y protegerle de cualquier peligro. De aquello haría veintiocho años y ahora que estaba a punto de abandonar la tierra que le vio nacer, no podía por menos que reconocer que habían cumplido con creces.

Mientras vivieron, su tiempo estuvo dedicado a procurarles el mayor bienestar posible y jamás dieron muestras de que alguna renuncia les pesase, al contrario, le consideraban una bendición, y

no se cansaban de dar gracias a Allah por haberles permitido criarle. Eran tantos los recuerdos, que todavía le parecía estar viéndole mientras le aconsejaba con voz paternal: «Kamal, hijo mío, no olvides que un comportamiento piadoso no es una opción, sino una obligación. Recuerda que estamos aquí gracias a la magnanimidad de Allah, porque es Él quien nos permite morar en esta tierra para que, haciendo uso de nuestro libre albedrío, cumplamos su voluntad y nos ganemos el derecho a vivir en el Paraíso. Graba esta verdad en tu corazón y ten presente que, de la misma manera que yo te muestro el camino, pero te permito que elijas, Allah nos envió al Profeta para que revelarnos la senda, pero deja que seamos nosotros los que decidamos nuestro proceder».

Su padre, aquel pozo de conocimientos y rectitud que siempre tuvo tiempo para él y le transmitió su pasión por los libros. ¡Qué lejos quedaba todo aquello, y sin embargo seguía recordando cada una de sus palabras! No es fácil olvidar a quién te ha dedicado su amor y su vida, y jamás te ha pedido nada a cambio.

2

FUEGO Y PELIGRO

Siguió evocando esos primeros años, hasta que se recordó a sí mismo con los ojos fijos en el portón temiendo que, de un momento a otro, aquellos salvajes forzaran la entrada y los asesinaran. Estaba aterrorizado y anhelando la llegada de su padre, seguro que él sabría lo que debían hacer.

El caso es que, al levantarse, nada le hizo sospechar que aquel día fuera diferente al resto, salvo que en aquella ocasión su padre se había ausentado, y tuvo que ir a regar solo los bancales. Pero nada de lo que había hecho era anormal pues, aunque había salido con tiempo de sobra, jamás se le hubiera ocurrido abrir la compuerta antes de que empezara su turno.

Recordó que mientras caminaba, el frescor mañanero le iba llenando de aire limpio sus pulmones y de alegría su espíritu. Se sentía optimista, y se recreó en contemplar el contraste de las copas de los árboles, con el ocre de los secanos en los que ya empezaba a verdear el panizo, pero por lo demás, nada llamó su atención. Por eso se sorprendió tanto cuando al llegar al ramal de su acequia, comprobó que no llevaba ni una sola gota de agua.

Le pareció raro y pensó en las berenjenas; la necesitaban urgentemente porque en caso contrario se secarían, y su madre no podría preparar la alboronía que tanto le gustaba. Estuvo rumiándolo, barajó la posibilidad de que algún derrumbe lo hubiera obstruido y para salir de dudas, decidió inspeccionar el recorrido. An-

duvo el trayecto aguas arriba, trepó por un empinado tramo de tierra muerta y llegó al partidor: allí observó que alguien había cortado el curso de las aguas, colocando unas grandes piedras que bloqueaban su paso.

Se quedó desconcertado, pero no tuvo tiempo de retirarlas porque el silbido de algo veloz casi le roza la mejilla, y al girarse vio una flecha clavada en un árbol. Instintivamente miró hacia el lugar del que procedía, y se horrorizó al ver lo que estaba a punto de echársele encima: cuatro hombres de vestidos de negro corrían hacia él, mientras le insultaban y blandían unas amenazadoras espadas jinetas. No tuvo dudas, iban a atacarle, y emprendió una desenfundada carrera hacia su casa. Mientras le perseguían, a punto estuvo de perder varias veces el equilibrio: tropezó, se resbaló, incluso se le desgarró la ropa al engancharse en unos arbustos, pero consiguió atravesar el umbral manteniéndoles la distancia.

Llegó con el corazón a punto de estallarle, atrancó la puerta y corrió a buscar la guadaña; su alfanje era poco frente a tantos enemigos, y agarrándola con fuerza se apostó detrás de la puerta del zaguán. Allí esperó solo, tenso, aguantando el miedo mientras su frente se iba perlado de sudor, hasta que pasado un rato en el que nada especial ocurrió ni oyó, consiguió recuperar el aliento y tranquilizarse.

Cuando el sol llegó a su cénit, como seguía sin escuchar ningún ruido extraño, decidió comprobar si el peligro había pasado. Subió a la torre, escudriñó el campo cercano y al no ver ni rastro de sus atacantes, pensó que habrían desistido; mucho más relajado, se fue al huerto a meditar.

Se sentó a la sombra, y recordó que su padre había ido al castillo a presentar una reclamación contra Ghalib el *Comerciante*, que se había empeñado en desviar las aguas de la acequia de su alquería, para vivificar unas tierras muertas que le interesaban. Se lo había comentado su padre, y le había dicho que no podía hacerlo porque el derecho a las aguas de la alquería venía de antiguo, y era contrario a la costumbre que les despojaran de él. Así que, aunque Ghalib

gozara de la protección de los todopoderosos Banu Sarraj, era muy improbable que el alfaquí le diera la razón.

Al mediodía no había regresado, y decidió contarle a su madre su terrible experiencia. La esperó de pie, y en cuanto la vio entrar con la bandeja entre las manos notó que, como solía hacer, se detenía a contemplarlo unos instantes: sin duda para ella era mucho más que alguien importante en su vida, era un hijo extraordinario que solo le había dado satisfacciones.

El chico, al verla parada en el umbral, la sacó de su ensimismamiento tomando la palabra: «Madre, esta mañana me ha ocurrido algo espantoso...». Mientras le contaba la angustiada experiencia, el rostro de Raissa iba palideciendo, pero para cuando terminó el relato, lo tenía más blanco que la nieve. Permaneció callada tratando de disimular, pero Kamal notó que fingía porque ella era muy cariñosa, y en esos instantes estaba extrañamente tensa y abstraída. Pasado un rato cambió de actitud y tratando parecer animosa, dijo algo sorprendente:

—Hijo, creo que ha llegado el momento. Tu padre te lo explicará, pero creo que es hora de que sepas la verdad sobre tu origen, no sea que los acontecimientos nos arrollen y nos impidan contártelo como es debido —se quedó un rato en silencio—. Voy a preparar las cosas, porque lo más probable es que mañana al alba nos marchemos. Pero antes tengo que entregarte algo, y quiero que me prometas que lo llevarás siempre contigo.

Se fue y regresó con un viejo fajín que en su día debió ser de un rojo intenso, aunque ahora tenía el color bastante desvaído. En uno de sus extremos, aún se podía leer en letras bordadas en blanco: *El primogénito de los primogénitos es el Elegido, y es el único que será legítimo.*

—Madre, ¿qué significa eso?

—Te he dicho que tu padre te lo explicara y por respeto a él, no debo ser yo quien lo haga —dijo mirándole con una mezcla de preocupación y tristeza—. Ahora quiero que me prometas que lo llevarás siempre contigo, y que cuando llegue el momento se lo entregarás a tu primogénito para que él se lo dé al suyo. Así debe

ser por los siglos de los siglos, hasta que se cumpla la voluntad de Allah.

Kamal asintió mientras lo cogía, pero renunció a seguir preguntando porque la conocía bien, y sabía que no le iba a contar nada más.

Al finalizar el almuerzo, decidió no impacientarse y esperar a su padre leyendo. Se sentó en un rincón sombreado del patio. Las horas fueron pasando y se retrasaba, pero le pareció normal porque era muy amigo del alfaquí y cuándo se veían, a los dos les gustaba recordar sus vivencias de juventud en Egipto: ambos eran árabes, y habían estudiado en la madraza de El Cairo con el gran Ibn Jaldún, cuya nieta, Raissa, terminó por casarse con su padre.

Al caer el sol, Fadil apareció contento pero cansado. Kamal esperó a que se lavara, oraron, y cuando se sentaron a comer le contó la terrible experiencia de la mañana. Al terminar le preguntó extrañado:

—Padre, ¿será cosa de Ghalib que no quiere respetar la costumbre? A lo mejor pretende asustarnos —le vio hacer un gesto dubitativo—. Ese hombre no es un buen creyente, porque intenta conseguir por la fuerza lo que no le corresponde en Derecho. No encuentro otra explicación salvo que, al haber descubierto yo la interrupción del curso del agua, no quiere que el alfaquí se entere antes de que dicte la *fatwa*. En cualquier caso, me parece absurdo porque antes o después lo sabrá y mantener esas posiciones de fuerza, no creo que le vaya a favorecer frente a nuestra reclamación.

Su padre se quedó pensativo, pero a juzgar por la profunda arruga que se le formó en el entrecejo, intuyó que su hipótesis no le convencía.

—Pudiera ser, pero por si acaso nosotros nos vamos mañana al amanecer.

—¿Dónde vamos?

—A Granada, a casa del cadí Jafar ben Rafik. Él nos dará cobijo, y allí estaremos seguros hasta que podamos comprobar que

no corres peligro —hizo una pausa y le miró fijamente—. ¿Te ha entregado algo tu madre?

—Sí padre, un viejo fajín bordado. Me ha hecho prometer que lo llevaría siempre conmigo para entregárselo a mi primogénito —hizo una pausa—. ¿Por qué debo hacerlo? No entiendo nada.

—No lo olvides nunca, y ocurra lo que ocurra tienes que cumplir esa promesa. Mañana te lo explicaré porque ahora es tarde, estoy cansado y todavía tengo de empaquetar mis libros. Tú debes hacerlo también con tus cosas, porque es posible que no regresemos jamás.

Kamal se fue a preparar su equipaje, metió sus cosas en un hatillo, y antes de cerrarlo guardó el fajín y lo anudó con fuerza. Ya acostado supo que no iba a coger fácilmente el sueño, la agresión y el enigmático comportamiento de sus padres le habían puesto nervioso, y sus párpados se negaban a cerrarse. Al final le pudo el agotamiento, y se quedó dormido.

Sería más de media noche, cuando se despertó tosiendo. La alcoba estaba llena de humo e intentó salir al patio, pero la puerta estaba atascada. Forcejeó, pero no cedía y el humo seguía entrando a oleadas por la celosía, como si alguien lo estuviera aventando desde fuera.

Gritó pidiendo ayuda, pero no le hicieron caso y como cada vez le costaba más respirar, hizo lo único que se le ocurrió: apoyó la estructura de su catre en la pared, trepó por ella como por una escalera de cuerda y ayudado de su alfanje, rompió dos de las alfajías que se apoyan en las vigas. Con todas sus fuerzas, izó las lascas de piedra sobrepuestas para desplazarlas, las empujó hacia los lados para abrir un hueco y cuando se iba a meter por él, recordó su promesa y bajó a recoger su hatillo.

Subió de nuevo, y se arrastró sobre el malhecho de ese tramo de sobrado. El humo le perseguía y el aire era cada vez más caliente, así que a duras penas logró alcanzar el extremo, romper a patadas la endeble celosía que lo separaba del terrao y, al límite de sus fuerzas, caer sobre él boca arriba. Permaneció tumbado intentando

que le entrara el aire en sus pulmones, hasta que le llegaron unas voces procedentes de su patio. Reptó hasta donde pudo mirar sin ser visto, y vio que los embozados que le habían perseguido por la mañana, aventaban hacia las alcobas el humo de unas hogueras que habían prendido ante las puertas: claramente pretendían asfixiarles.

Su primer impulso fue abalanzarse sobre ellos para ayudar a sus padres, pero se contuvo porque eran cuatro, él no tenía más arma que su alfanje y le pareció un suicidio intentarlo. Estaba dudando sobre lo que debía hacer, cuando oyó como uno de ellos preguntaba:

—¿Estáis seguros que el muchacho está dentro? Ya sabéis que todos deben morir, pero especialmente él.

El sicario que aún permanecía aventando el humo frente a su alcoba, contestó rotundo:

—Sí, le visto dormido antes de atrancar la puerta, y después le he oído gritar pidiendo auxilio mientras forcejeaba. Pero hace rato que no se le oye, luego debe estar muerto. Tranquilo, que hemos cumplido el encargo.

—Todavía no, tiene que arder la casa para que parezca un accidente. Sabéis que nadie debe sospechar que han sido asesinados —apostilló el que parecía el jefe.

Se quedó paralizado. ¿Quién quería matarlos? Ellos nunca habían hecho daño a nadie, y no había razones por las que alguien quisiera hacerles tanto mal salvo porque estaba al tanto del corte de las aguas. Pero... ¿quemar la casa con ellos dentro para que muriesen? La reacción le parecía desproporcionada por un hecho que, sin ser baladí, tampoco le suponía tanto quebranto económico al *Comerciante*. Después de todo, todavía no había invertido ni una sola moneda en vivificar las tierras muertas, y no hay daño en perder lo que aún no se posee.

No había salido de su estupefacción, cuando vio que prendían unas antorchas, y las lanzaban sobre los tejados y las azoteas. Una de ellas le cayó justo al lado y retrocedió, pero al instante se vio rodeado de fuego porque con la sequedad ambiental y la hojaras-

ca acumulada por el viento, todo empezó a arder virulentamente. Sorteó las llamas hasta llegar al pretil que lindaba con el campo y, viéndose sin más salida, saltó encogido de brazos y piernas, para rodar y hacerse el menor daño posible.

Cuando se vio en el exterior, corrió agachado hasta alcanzar el abrigo de los primeros arbustos, y se giró para contemplar cómo su casa se había convertido en una enorme pira de fuego. Se le saltaron las lágrimas y no lo pudo evitar, se sintió culpable por no haber ayudado a sus padres. Permaneció inmóvil mientras las llamas devoraban el que había sido su hogar, hasta que vio a los sicarios salir y acercarse corriendo; se horrorizó, no pudo reaccionar y se quedó paralizado. Pasaron a escasos metros de donde estaba escondido, no le habían visto, simplemente llevaban ese camino.

Estuvo mucho tiempo quieto. El miedo le agarrotaba el cuerpo y cuando al fin consiguió pensar, decidió marcharse porque si los pirómanos andaban por las proximidades y le veían vivo, puede que intentaran de nuevo matarle y esta vez lo consiguieran.

No había empezado a alejarse, cuando oyó las voces de sus vecinos. Los gritos y los ruegos a Allah se entremezclaban con el ruido del acarreo del agua, pero salvo para apagar el incendio, sus esfuerzos resultaban inútiles porque nadie podía ayudar ya a sus padres. Firme en su decisión de ponerse a salvo, sin mirar atrás y semi agachado, se alejó de su escondite para dirigirse al castillo.

LA HUIDA

Anduvo campo a través; iba descalzo, tiritando y con el relente calándole hasta los huesos. Las piedrecillas del suelo se le clavaban en los pies y trató de fijarse donde pisaba, pero no quiso ir por el camino, por miedo a que le reconocieran los asesinos. Dio un pequeño rodeo para evitarlos; iba mirando constantemente hacia los lados, sobresaltándose con cualquier pequeño ruido de la noche y, por fin, al alba pudo divisar la silueta del castillo. Al acercarse, el bullicio de los días de mercado consiguió relajarle al comprobar que todo estaba igual que siempre: los labriegos y los artesanos, con sus tenderetes apoyados en la muralla, gesticulaban al tiempo que pregonaban sus productos; mientras, la chiquillería revolvió entre el gentío con sus risas y carreras, añadiendo movimiento y color a unas escenas muchas veces vistas. Aquello acabó por convencerle de que no corría peligro.

Se concentró en la puerta: los soldados charlaban entre ellos, y no parecían atentos al deambular de las gentes. Ese le pareció un buen momento para entrar, así que se cubrió con la capucha de su *yallabiyya* y con la cabeza gacha, avanzó con paso lento y aparentemente despreocupado.

Estaría a unos treinta pasos, cuando un ruido de cascos de caballos a la carrera le incitó a girarse, y vio que los criminales que los habían asaltado la noche anterior, se aproximaban a galope tendido. Instintivamente se echó al lado y se paró ante un puesto para disi-

mular, mientras los jinetes pasaban sin que los soldados hicieran ademán de detenerlos. Se preocupó, aquello no era normal, claramente allí los conocían. Es más, tuvo la impresión de que actuaban como si fuera su casa y la sola idea de estar metiéndose en la guarida del lobo, hizo que se le erizara hasta el último pelo de su cuerpo.

Anduvo de puesto en puesto sin saber qué hacer, hasta que consiguió reunir valor suficiente para traspasar el umbral porque bien mirado, tampoco tenía otro sitio al que poder ir: era un hecho que salvo al alfaquí, allí no conocía a nadie. Se hizo un poco más el remolón preocupado con la idea de tropezarse con los criminales, y cuando al fin había enfilado la dirección de la puerta, los malditos jinetes salieron al galope de la fortaleza y casi le atropellan. Se apartó encogido y vio cómo se alejaban, hasta que finalmente se enderezó, atravesó la puerta y fue directo a las dependencias del alfaquí. Nada más entrar, Abdul al Jatib alzo la vista, y dijo en un tono entre sorprendido y efusivo:

—¡Kamal! ¡Qué alegría! Ayer vino tu padre y le pregunté por ti. Pero... ¿qué te ha pasado? —dijo al reparar en sus heridas y en el lamentable estado que presentaba.

—Algo horrible que todavía no me explico, anoche nos asaltaron y han matado a mis padres. Por la mañana y sin mediar provocación, unos desconocidos me atacaron en el partidor de la acequia que riega nuestros bancales y me persiguieron, pero conseguí refugiarme en la alquería antes de que me alcanzaran. No volví a verlos y pensé que habrían desistido, pero regresaron cuando estábamos todos dormidos y quemaron nuestra casa, aunque antes de hacerlo, atrancaron las puertas de las alcobas para que no pudiéramos salir —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No lo entiendo, lo que nos ha pasado es una locura! Debe tratarse de un error, porque nosotros no tenemos conflictos con nadie salvo con Ghalib, y no es tan grave como para ordenar que nos asesinen.

Se quedó callado mientras reflexionaba, pero seguía sin encontrar una explicación convincente hasta que, pasado un buen rato, añadió:

—Además, el problema no era solo con nosotros, la reclamación por el agua la hizo mi padre en nombre de la alquería y solo han incendiado nuestro hogar —negó con expresión de desconcierto—. De verdad que no me explico. ¿Qué perjuicio puede alegar *el Comerciante* si le deniegas el derecho al agua, si todavía no ha gastado ni una sola moneda en vivificar las tierras que tanto le interesan? Yo creo que no hay quebranto en perder lo que no se posee —le miró con ansiedad—, porque supongo que nos habrás dado la razón en el contencioso.

—Así es. Pero dime, ¿cómo lograste escapar?

—Por el techo. Utilicé el soporte de mi jergón para alcanzarlo, me arrastré hasta el terrado y salté al campo. Al final decidí venir porque salvo a vos, no conozco a nadie que pueda ayudarme —le dirigió una mirada triste y se excusó—. De verdad que no pude hacer nada por auxiliarles, eran cuatro y estaban bien armados —tragó saliva porque la congoja le ahogara la voz—. Por más vueltas que le doy, no logro entenderlo. Resulta que querían matarnos a todos incluido a mí, y yo os juro que no he tenido conflicto con nadie. ¿No habréis oído algún rumor en el castillo sobre nosotros? Porque al llegar he visto que entraban y salían de esta fortaleza, sin que nadie osara detenerlos.

El alfaquí le miró asombrado. Estaba tan extrañado como preocupado, tampoco acertaba a explicarse la presencia de los maleantes en el castillo.

—No sé nada, pero procuraré hacer averiguaciones —le observo durante unos instantes, y le vio tan desolado que añadió—: De todos modos, no deberías sentirte culpable por haber procedido con prudencia porque, lo creas o no, has hecho lo correcto. No tenía sentido que te dejaras matar y dado el número de asaltantes, no tenías ninguna posibilidad de salvar a tus padres, así que estoy seguro que tu proceder habría gozado de su aprobación —se fijó en las heridas de sus pies—. Ahora, pasa y descansa. Voy a llamar al médico para que te cure, y ordenaré que te traiga comida porque estarás hambriento.

—La verdad es que no.

Kamal notó que se le aflojaban los nervios. Pensó en sus padres y no lo pudo evitar, le pudo la pena y se le saltaron las lágrimas. El alfaquí guardó un respetuoso silencio y cuando vio que había conseguido controlarse, llamó a su esclavo para que avisara al cirujano, le trajera alimentos y fuera a un puesto de la muralla a comprarle unas botas. Pasado un rato, cuando le encontró más repuesto por el efecto de los ungüentos y la ingesta de comida, comentó apesadumbrado:

—¡Kamal, no sabes cuánto lamento lo sucedido! Sabes que desde que éramos jóvenes, tu padre y yo manteníamos una fraternal amistad, y ni te imaginas lo mucho que me ha apenado su muerte. Pero desgraciadamente no se me ocurre ninguna explicación, porque ni yo mismo lo entiendo —suspiró—. En cualquier caso, lo sucedido no tiene remedio y voy a aconsejarte lo mismo que te hubiera dicho él: huye a Granada. Encontrarás refugio en casa del cadí Jafar ben Rafik, que te recibirá con los brazos abiertos porque no tiene hijos, y era un gran amigo de tu padre.

Le miró dubitativo, casi no le conocía, y no le pareció buena idea presentarse en casa de quien para él era un completo extraño.

—Muchacho, créeme, no te abandonará porque además de buen creyente, siempre quiso ser padre y ninguno de sus vástagos consiguió sobrevivir. A mí me gustaría acogerte, pero no me parece prudente después de lo que me has contado, al menos, hasta que no sepamos quién te persiguen y podamos ponerle remedio. Nunca me perdonaría que te ocurriera algo irreparable por retenerte, contra lo que aconseja el más elemental sentido de la prudencia.

—No sé qué hacer, apenas conozco al cadí. Solo le vi una vez siendo niño y no creo que me recuerde, aparte de que no deseo ser una carga para nadie.

El alfaquí le puso la mano en el hombro y casi susurrando, intentó infundirle confianza:

—No debes pensar así, la hospitalidad es algo natural entre los musulmanes. No olvides que todos somos huéspedes de Allah,

porque Él es quien ha creado este mundo y solo a Él pertenece. Ser hospitalario es la mejor manera de agradecerle que nos deje morar la tierra, y solo siéndolo con los demás conseguiremos que Él lo sea con nosotros. Por eso estoy seguro de que el cadí te abrirá las puertas de su casa y de su corazón. ¿No recuerdas lo que repites cinco veces al día al orar? Allah es grande. Solo quién entiende su grandeza comprende que no puede ser codicioso ni egoísta, y aceptará de buen grado que debe ser anfitrión o huésped, según lo exijan las circunstancias —hizo una pausa—. Hazme caso, Kamal, ve a Granada y refúgiate en casa del cadí, no creo que tu padre te hubiera aconsejado otra cosa. No te preocupes, le escribiré una carta contándole lo sucedido, y le informaré que eres el hijo de Fadil y de Raissa. Pero antes de partir tienes que reponerte y descansar, así que permanecerás en mi casa hasta que tus heridas mejoren.

Kamal estuvo tres días recluso en casa del alfaquí. Durante ese tiempo no se relacionó con nadie salvo con él, simplemente descansó para que sanaran sus heridas del cuerpo y del alma. A ello contribuyó en buena medida su anfitrión que, además de asegurarse que le aplicaban correctamente los ungüentos, dedicó mucho tiempo a escuchar sus lamentos y a procurarle consuelo, para que pudiera hallar el camino hacia su paz interior. Le recordó que la principal preocupación de su padre era su seguridad, y que para salvaguardarla lo había sacrificado todo en su vida.

—Reflexiona, hijo mío. Si te hubieras enfrentado a los asesinos, tú también estarías muerto y no habrías conseguido salvarles. Tus padres lo habrían considerado el gran fracaso de sus vidas pues, como bien sabes, no había nada más preciado para ellos que tu seguridad. Y no lo digo para consolarte, sino porque es cierto. No Kamal, has hecho bien en ponerte a salvo, y tus padres no hubieran querido que tuvieras otro proceder.

Esta idea intercalada con anécdotas de su juventud, la repitió tantas veces, que acabó por calar en su ánimo y empezó a perdonarse a sí mismo.

Al amanecer del cuarto día, Abdul le despertó para hacerle entrega de una carta para el cadí y unas alforjas con provisiones.

—Levanta Kamal, ya puedes andar y lo he pensado, estarás más seguro en Granada y debes marcharte. Ese era el criterio de tu padre, y tendría buenas razones para pensar que era lo mejor —dicho esto, salió de la estancia.

El chico se levantó, cogió su hatillo y las alforjas, y se reunió con su protector en el zaguán. Salieron de la casa antes de despuntar el alba, esperaron a que el guardia les abriera el portillo, y anduvieron un buen trecho. Kamal iba pensando en su desgracia y el alfaquí, comprendiendo lo duro que se le hacía abandonar la tierra en la que sus padres se quedaban para siempre, guardaba silencio. Según se alejaban, el muchacho empezó a ser consciente de algo obvio en lo que nunca había pensado: en lo sucesivo no tendría a nadie en quien confiar, así que más le valía comportarse como un adulto. Al despedirse, el alfaquí le dio un abrazo y le recomendó:

—Cúidate Kamal y sé prudente. Te prometo que, si llego a enterarme del motivo por el que tu familia ha sido asesinada, encontraré la manera de hacértelo saber. Confía en el cadí, es una gran persona y era muy amigo de tu padre, sé que no te traicionará. Recuerda lo que tantas veces te he dicho y acepta su hospitalidad, no solo porque la necesitas, también para darle la oportunidad de seguir siendo útil a Fadil después de su muerte, lo que le ayudará a mitigar su pena.

El chico asintió, agradeció sus bondades y su generosidad, y emprendió el camino sin echar la vista atrás.